

piritus que no comprenden la necesidad de una renovacion religiosa; los liberales desconfian del movimiento religioso, porque habiendo nacido católicos, confunden la religion con las supersticiones que han repudiado. La ignorancia juega un gran papel en las cosas humanas. Vamos á decirlo, y nos está bien permitido, ya que hemos compartido el error, y escribimos hoy este *Estudio* para disiparlo: lo que asusta á los libres pensadores es que la religion del pasado ha sido la enemiga mortal de la libertad de espíritu, sin la cual no hay libertad política; y temen, no sin motivo, á los lobos que se cubren con piel de cordero para predicar doctrinas liberales. Cuando vean que hay una religion que, no sólo acepta la libertad, sino que se

apoya en ella y con ella se confunde, se reconciliarán con el movimiento religioso y acabarán por asociarse á él. En cuanto á los caminos por los cuales llegará la revolucion á realizarse, cosa es que sólo Dios sabe. Pero no han de olvidar los hombres que Dios no ayuda sino á los que se ayudan á sí mismos; es decir, que todos deben poner sus manos á la obra. Esta es nuestra excusa y nuestra justificacion. Se nos ha dicho, á veces, que consagrábamos nuestra vida á una labor tan inútil como inmensa: no cambiaréis el mundo, se nos dice. Cierto; pero la inmensidad del Océano ¿no se compone de gotas? "Traiga cada cual la suya y habrá un mar."

## CAPÍTULO II.

### EL CRISTIANISMO DE JESUCRISTO.

#### § I.—¿Se necesita una nueva religion, ó hay que volver al cristianismo de Jesucristo?

El mundo espera una renovacion religiosa. ¿Quiere decir esto que sea necesaria una nueva religion? En el seno de los países católicos, los libres pensadores, cuando ménos los que tienen algun cariño á la fe, están dispuestos á creerlo, y aún hay algunos que se han puesto á la obra, intentando fundar una nueva religion. Estas tentativas han fracasado harto tristemente. Lo cual no impide que los hombres que abandonan el catolicismo y sienten la necesidad de la fe sigan con sus esperanzas. Esta vaga expectacion parece implicar que el cristianismo se queda atras, que no puede satisfacer ya los instintos religiosos de la humanidad. Lo cual ¿no es acaso confundir la forma que el cristianismo tomó en la Iglesia católica y en el protestantismo ortodoxo con la esencia misma del cristianismo? Esto es lo que dicen los protestantes avanzados. Niegan que el cristianismo esté agotado, niegan que lo pueda estar jamas. Hay que ver con qué sentido afirman esta proposicion, que tanto choca á los que creen en el progreso del espíritu humano en todas sus manifestaciones.

Cristo no es superable, dice M. Réville (1). ¿Qué es la religion, en efecto? Nuestra relacion con Dios, la manera de concebir al Sér infinito el hombre, que es limitado é imperfecto. En esto radica el verdadero dominio de Jesús, dice un protestante liberal: Él es quien ha pronunciado el verdadero nombre de Dios, el que comprende el niño y ante el que el sabio se inclina, *nuestro Padre que está en los cielos*. Cuando el hombre pone su flaqueza y su imperfeccion frente á la omnipotencia y perfeccion divinas, su primer sentimiento es de temor, de espanto, de desesperacion. Tales eran los sentimientos de la antigüedad, salvo algunas excepciones, lo mismo entre los judíos que entre los paganos. Jesús fué el primero que cambió el temor en amor. ¿Han encontrado la ciencia y la filosofia algo superior á esta frase: que Dios es caridad y que el hombre debe ser perfecto como su celeste Padre? Los libres pensadores objetan que el Cristo participaba de las preocupaciones de sus contem-

(1) RÉVILLE, *Essais de critique religieuse*, Préface, p. XLIX.

poráneos. ¿Qué importa? dicen los protestantes liberales. Ellos confiesan esos errores; pero preguntan en qué han podido alterar las relaciones que Jesús concebía entre el hombre y Dios. Si se invocan los incesantes progresos del espíritu humano, ellos están de acuerdo con nosotros en celebrarlos, en pedirles continuas inspiraciones. Pero ¿en qué pueden comprometer esos progresos la obra del Cristo? ¿No fué él quien formuló, primero que nadie, la más atrevida fórmula de progreso, al llamar al hombre á ser perfecto como Dios? ¿No es el autor de todos los perfeccionamientos futuros el que, por la palabra y por la acción, sienta el principio de la perfectibilidad eterna? Digamos, pues, con Mr. Fontanès, que la estrella que apareció en Bethleem y que regocijó al mundo con su dulce luz no ha palidecido todavía. En las relaciones entre el hombre y Dios, Jesús permanece siempre siendo el único, el incomparable (1).

Hemos hecho algunas reservas y las harémos aún. Sin embargo, creemos que los protestantes liberales tienen más razón que los libres pensadores. Éstos confunden el cristianismo con el catolicismo ó con el protestantismo ortodoxo, esto es, con una ú otra de las formas que el cristianismo ha tomado. La idea que domina en el cristianismo tradicional es que la religión consiste en ciertas creencias, verdades reveladas por Dios y reputadas por esta causa como eternas. El pensamiento libre rechaza esos dogmas y esos misterios como errores, y de ahí el convencimiento, bastante general entre los libres pensadores, que la religión, ó por lo ménos el cristianismo, debe caer. Los unos esperan un nuevo desarrollo del sentimiento religioso; los otros niegan que aún pueda haber una religión, y creen que la moral podrá ocupar su puesto; no hablamos de los que le han vuelto la espalda al espiritualismo para abrazar el culto de la materia. Hay en esas opiniones un gran peligro: ellas alejan el momento en que el problema religioso pueda recibir su solución, y, sin embargo, de esto depende el porvenir de la civilización. Importa mucho examinar el problema bajo todas sus fases.

El error de los católicos y de los libres pensadores educados en la ortodoxia tradicional nos pa-

rece evidente. Para convencernos de ello, basta recordar que Jesucristo no predicó ningún dogma. Los ortodoxos modernos confiesan que los sentimientos religiosos tienen grande importancia; pero pretenden que los dogmas son la fuente de esos sentimientos. "La creencia en la divinidad del Cristo, en su encarnación, en su redención,—dice monsieur Guizot,—es lo que ha formado el sentimiento cristiano," (1). La religión sería, pues, dogmática en su esencia y religiosa en su aplicación. ¿Ha sido esta la marcha del cristianismo? Evidentemente no. Mucho ántes que la Iglesia hubiese formulado una proposición cualquiera sobre la esencia metafísica de su fundador hubo comunidades cristianas. Y si remontamos hasta el mismo Jesucristo, nada que se parezca á un dogma encontramos en la *buena nueva*. ¿Por ventura se dirigió Jesús á los sabios y á los filósofos? No, habló á los pobres y á los sencillos de espíritu. ¿Habría revelado á los niños, ó, lo que es igual, á los hombres que por su sencillez se parecen á ellos, la esencia de la naturaleza divina ó el misterio de la caída y de la redención?" (2).

Este es un punto capital. Si Jesús no predicó ningún dogma, si sus primeros discípulos no tuvieron creencias fijas, ni aún siquiera sobre lo que llaman los puntos fundamentales, ¿no prueba esto hasta la evidencia que hubo cristianos y un cristianismo ántes que hubiera dogmas, y que, por lo tanto, la religión puede existir sin dogmas? Hasta debe decirse que existe en su perfección sin ser dogmática; y si no, ¿hay algún cristiano que tenga la pretensión de ser más religioso que Jesús? Los protestantes liberales elevan á regla general lo que ha sucedido en el cristianismo, y afirman que la religión, como tal, no tiene dogmas ni misterios. Para ellos, la esfera propia de la religión es la vida interna, esto es, el sentimiento, el amor, el sacrificio, la confianza en Dios, la resignación, el deseo de hacer bien. La religión obra sobre la conciencia, y todo tiene en ella un carácter práctico. La verdad de que ella se ocupa es sobre todo la verdad moral. Cuando se presenta el dogma como la fuente del sentimiento, se toma el efecto por la causa. La fórmula de la vida no viene jamás sino des-

(1) Palabras de Mr. GUIZOT al Consejo presbiterial (*Le Disciple de Jésus-Christ*, 1865, t. I, p. 47).

(2) FONTANÈS, *Qui est chrétien?* (*Le Disciple de Jésus-Christ*, 1865, t. II, p. 63-65).

pues de la vida. Hay siempre, á no dudarlo, acción y reacción, y la doctrina ejerce en los sentimientos una influencia incontestable; pero la religión, en sí misma, es extraña al dogmatismo (1).

Más adelante diremos lo que hay de demasiado absoluto en esas afirmaciones. Consideradas desde el punto de vista cristiano, son de una verdad incontestable, y ni aún puede decirse que el dogma ortodoxo era una evolución del pensamiento de Jesucristo; más bien podría decirse que es una desviación, porque los dogmas esenciales del cristianismo tradicional le son completamente extraños. Si él fuera el Hijo de Dios, ¿concibese que hubiera descuidado predicar verdades que serían esenciales á la religión? Pues bien, que se nos cite una palabra de Cristo sobre el pecado original ó sobre su divinidad, que se nos cite una sola palabra clara, neta, precisa, como debe serlo una ley. ¿Qué decir del dogma de la inspiración divina? Aquí el dogma, en lo que á Jesús se refiere, llega á ser absurdo. ¡Cómo! ¿Jesús habría enseñado que los Evangelios fueron dictados por el Espíritu Santo cuando no había Evangelios? ¿Habría predicado que las Epístolas de San Pablo fueron la obra del Espíritu Santo, cuando San Pablo era todavía un fariseo enemigo del Mesías? En el seno de la Iglesia católica se hacen nuevos dogmas. ¿Necesitamos preguntar si Jesucristo enseñó la Inmaculada Concepción? Si así fuera, el dogma no sería ya absurdo, sería cándido y ridículo.

Prescindamos del dogma, y penetremos en la esencia del cristianismo. Los ortodoxos dicen que el dogma es esa esencia. Escuchemos á un protestante libre pensador: "La religión de Jesús, dice Mr. Scherer, es la religión del espíritu. Esta espiritualidad completa de la religión cristiana, tal como la enseñó el Maestro, se manifiesta sobre todos los puntos, y en particular en las relaciones de esta religión con el Antiguo Testamento y en sus instituciones. Nada más notable en la enseñanza de Jesús que el procedimiento de espiritualización por el cual se desprende esa misma enseñanza del judaísmo de que procede, y al desprenderse de él le transforma, y le rompe transformándolo. Nada más significativo que la naturaleza de los ritos del bautismo y de la cena, si es que podemos aplicar el nombre de rito á esos dos actos. Cuanto más se es-

tudia el pensamiento de Jesús, más llama la atención la profundidad religiosa que va hasta el fondo de todas las cosas, es decir, hasta el sentido religioso y eterno. El Evangelio no tiene un solo elemento arbitrario ó positivo ni un detalle local ó temporal; en todo y por todo abarca la naturaleza humana; á ella se dirige desde el principio hasta el fin, despertando en ella las virtualidades apagadas ó adormecidas, revelando el hombre al hombre mismo, y confundiendo de tal manera con los elementos constitutivos de su ser moral, que no es posible distinguir al uno del otro: tal es su perfecta homogeneidad con la naturaleza humana (1).

¿No padecen los protestantes una ilusión respecto á la espiritualidad absoluta del cristianismo de Jesucristo? ¿No trasportan al Evangelio sus propios sentimientos, es decir, los sentimientos progresivos de la humanidad? Hay una cosa segura, y es que la religión del espíritu no fué sino un ideal. Los primeros discípulos de Cristo se desviaron ya de él. No hablamos de los doce, los únicos que oyeron al Maestro, los cuales comprendieron tan mal su doctrina, que, á su muerte, creían aún que el Mesías volvería triunfante á aparecer sobre las nubes y que el reino de Dios se realizaría sobre la tierra. Hémos bien lejos del espiritualismo evangélico, tal como los protestantes le conciben. Por fortuna, Cristo encontró un intérprete más inteligente: comparado con los otros apóstoles, San Pablo es un gigante. Pero ¿qué de recuerdos del judaísmo y cuántas trabas no le encadenan todavía al pasado! San Pablo abre la era del cristianismo dogmático: Jesús no es ya un hombre; se eleva sobre la humanidad y tiende á llegar á ser un personaje divino. Es el principio de la mitología cristiana.

En el cristianismo primitivo había una tendencia mucho más material. Conocidas son las luchas de San Pablo contra el judaísmo de los doce. La estrechez de espíritu de los judaizantes triunfó de las amplias ideas del apóstol de los Gentiles. Y cuando la idolatría de la gentilidad invadió la sociedad cristiana, la desviación del espíritu primitivo no reconoció ya límites. El cristianismo se hizo judaico, y el Evangelio, que debía libertar al hombre de la servidumbre de la ley, llegó á ser otra

(1) SCHERER, *Mélanges de critique religieuse*, págs. 28 y siguientes.

(1) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 71, 73, 77.

ley nueva, hecha á imagen y semejanza de la antigua. De ahí el catolicismo. Éste, dicen los protestantes, es un bastardo que usurpó la herencia del hijo legítimo y que todavía la ocupa. En él no hay ya nada de la espiritualidad de Cristo; el cariño á las formas, el carácter sacerdotal, la envoltura simbólica, todo lo ha tomado del judaísmo. Del bautismo ha hecho una circuncision, de la cena un sacrificio, del ministro un sacerdote, del Evangelio una ley. La sinagoga tenía una compilacion sagrada; la Iglesia tuvo su Nuevo Testamento, código de leyes para la teocracia cristiana. Una regla escrita, legal, ocupó el puesto del principio interior del espíritu. Faltando dentro la impulsión directora, menester fué una autoridad externa que se impusiera. De ahí la Iglesia exterior; bajo su influencia, toda la religion llegó á ser externa, de tal modo, que los reformadores pudieron decir que el catolicismo no era sino una nueva forma de idolatría.

La Reforma tenía el instinto de la verdadera religion, y quería volver al cristianismo primitivo, que no podía ser sino el de Jesucristo. Pero su inspiración no fué bastante poderosa: las almas se hallaban todavía demasiado impregnadas en el espíritu católico para que se pudiera pensar en un cristianismo sin dogmas. Por otra parte, ¿cómo romper la autoridad de la Iglesia sin oponerle otra autoridad, divina también? El protestantismo no reemplazó á la Iglesia por un principio espiritual y libre: en lugar de la Iglesia puso la Escritura. Según los libres pensadores, la libertad no ganó mucho en ese cambio; y no están lejos de creer que es preferible, á la autoridad de un texto inmutable, una autoridad viva que pueda seguir los progresos de la sociedad. Esto es ir demasiado lejos, porque el texto, entregado á la interpretación individual, no permanece inmutable, y porque la Iglesia, por un interés de dominación y de existencia, se adhiere tenazmente al pasado. La Reforma inauguró el principio de la libertad y del espiritualismo en los tiempos modernos. Sin embargo, preciso es confesar que lo hizo á pesar suyo. Tan poquísima conciencia tenía del principio hacia el cual caminaba, que hubiera retrocedido con espanto, si hubiera podido prever el porvenir. El protestantismo no es sino un sistema de transición, y, por consiguiente, de transacción; siembra los gérmenes de un mundo nuevo, pero sin saberlo y sin

quererlo. La Reforma entraña una revolución (1). Y esta revolución es la que se cumple á nuestra vista.

## § II.—Misión del cristianismo tradicional.

### N.º 1.—Misión del protestantismo liberal.

#### I.

La revolución que se prepara puede caracterizarse en dos palabras: el cristianismo tiende á volver á ser la religion de Jesucristo. Este movimiento se manifiesta en el seno de la Iglesia protestante. Es evidente que el catolicismo no puede aceptar ninguna renovación religiosa, ni tan siquiera una reforma que le volviera al ideal divino del Hijo de Dios, porque el catolicismo pretende ser la encarnación de ese ideal. Una Iglesia que se dice en posesión de la verdad absoluta es, por ese solo hecho, irreformable. Pero como todo cambia alrededor suyo, sucede necesariamente que llega un momento en que tiene que encontrarse en oposición con las ideas y los sentimientos de la humanidad. Ese momento ha llegado. ¿Y qué hace el catolicismo? En su incurable ceguera, no ve que el abismo que le separa de la sociedad moderna es su propia condenación, y lejos de pensar en satisfacer las nuevas necesidades, las maldice como una inspiración del demonio. ¿No es esto pronunciar su sentencia de muerte?

La ruina fatal del catolicismo nos anuncia también la del protestantismo ortodoxo, el cual no es más, si bien se examina, que un catolicismo sin papa. Toda religion que reposa sobre el principio de autoridad conduce fatalmente á Roma, y los ortodoxos predicán en todos los tonos que la Reforma necesita un principio de autoridad. Ya no les basta la Biblia; necesitan una Iglesia, y esa Iglesia está ahí; abre sus puertas á sus hijos separados: ¡que entren, pues! Los católicos maldicen el espíritu moderno. Para los protestantes, ese monstruo es la crítica, esto es, la razón, la ciencia que se esfuerza por desenmarañar los Evangelios para separar la verdad de las leyendas y lo transitorio de lo eterno. La ortodoxia protestante se inquieta y escandaliza por esas dudas y esas conjeturas;

(1) SCHERER, *Mélanges de critique religieuse*, p. 29, 33.

todo el trabajo que viene operándose desde hace un siglo le parece peligroso, subversivo y hasta inmoral é impío. Según ella, la ciencia, fruto del orgullo, es la fuente de todos los males. De ahí el desprecio por la crítica y las maldiciones que se le dirigen. Pero ¡cosa singular y que constituye uno de los signos del tiempo! esa ortodoxia tan alta no está ya segura de sí misma, y trata de acomodarse con el espíritu del siglo, como hacen los católicos que se llaman liberales. Hay ortodoxos que pretenden marchar con su siglo y los hay también que proclaman la libertad de exámen. Pero ¿de qué sirven esas concesiones? El liberalismo de los católicos no es más que una máscara ó la más imaginaria de las ilusiones; estos elocuentes vocingleros que tanto invocan la libertad concluyen siempre por predicar la esclavitud del espíritu. Lo mismo sucede con el libre exámen de los protestantes ortodoxos: después de haber examinado á su manera, continúan siendo tan ortodoxos como antes, y mantienen todo el armazón del cristianismo tradicional, las leyendas, los dogmas, los milagros, éstos sobre todo, porque no se encuentran á gusto sino cuando se hallan fuera del mundo real.

En el seno del protestantismo alemán hay otra tendencia que han encontrado algunos imitadores en la Iglesia francesa: tal es el justo medio transportado á la teología. Esta transacción entre el pasado y el porvenir, especie de eclecticismo sin color y sin energía, usa el lenguaje del cristianismo tradicional, pero toma las palabras en otro sentido. ¿Á quién pretenden engañar con esos vanos esfuerzos? ¿Á los partidarios del pasado? Inútil trabajo, porque éstos no se pagan de palabras, sino de realidades, y necesitan los milagros, lo sobrenatural, los dogmas y la autoridad. ¿Á los partidarios del porvenir? En Alemania, tal vez puedan los espíritus nebulosos contentarse con esa media tinta; pero el buen sentido y la limpidez del espíritu galo no admiten la semi-audacia, ni la semi-verdad, ni lo semi-sobrenatural. La humanidad tiene sed de luz, y quiere saber quién es Jesús de Nazareth. ¿Es un hombre? Decidlo sin ambages, y le amaremos como á nuestro hermano mayor, como á nuestro maestro. ¿Es un Dios, es la segunda persona de la Trinidad? Decidlo también, y os seguirán los que tengan la fe bastante robusta para creer que un solo individuo pueda ser hom-

bre y Dios en una sola pieza. Pero no hagais un personaje más imposible aún que el Hijo de Dios, coeterno del Padre; no hagais un sér que no es Dios ni hombre, sino una especie de Dios secundario ó de hombre sobrehumano. Los doctores del justo medio, los *semis*, como los llama Strauss, andan siempre á vueltas con la Escritura. Pues bien, señores doctores, decidnos: ¿Admitís la inspiración, sí ó no? ¿La admitís en el todo? No os atreveis á tanto; pero entonces hacednos el obsequio de decirnos dónde concluye la inspiración divina y dónde comienza la obra humana, y cuál es es la línea de demarcación entre las cosas religiosas y las cosas morales. Nos decís que el Evangelio es la palabra de Dios. Pero ¿cómo entendeis esto? ¿Es la última palabra de Dios? ¿Ó dejais un resquicio para que éntre el progreso? Por favor, dadnos una respuesta precisa. Á vosotros os gustan las palabras vagas; pero los hombres tienen avidez de ideas. Vosotros os desvelais por salvarlos. Nada más justo, porque esta es la misión que á todos se nos impone. Pero, una vez más, ¿cómo entendeis eso? ¿Es una salvación mágica operada por el sacrificio del Calvario y por la acción milagrosa del Espíritu Santo, que ilumina á los unos con su gracia vivificante y deja á los otros en las tinieblas de la muerte? ¿Ó es por el progreso del alma, que avanza incesantemente hacia Dios á través de sus caídas, por el arrepentimiento, por la rehabilitación que se opera bajo la mano del celeste Padre que el Cristo nos hizo conocer? ¡Ay! no pidais á los hombres del justo medio una solución á esas cuestiones, porque os responderían con un flujo de palabras inútiles. ¿Necesitamos repetir que la humanidad está cansada de ese rumor de frases que nada dicen á su inteligencia ni á su corazón? (1).

Si no hubiera más cristianismo que el cristianismo tradicional, como lo pretenden los ortodoxos y los semiortodoxos, menester sería desesperar del porvenir religioso de la humanidad. Los hombres no volverán jamás á una religion que quiere doblegar la razón bajo el yugo de la autoridad, á una religion que no comprende ni sus sentimientos ni sus necesidades. Felizmente hay otro cristianismo, y es el movimiento liberal que se opera en el seno de

(1) PÉCAUT, *de l'Avenir du protestantisme en France* (*Disciple de Jésus-Christ*, 1895, t. II, p. 186 y sig., 19-193).